

La instalación del Mercado consta de siete pequeños andenes, separados por barras de hierro, á las que están sugetos por la brida los animales. El suelo asfaltado hace caer con frecuencia á las caballerías, lesionándose á veces éstas. ¿No estaría mejor terrizo? Cada andén es capaz para sesenta cabezas, lo que hace un total de 420. Aparte están las cuadras ó establos, que son siete también, con capacidad cada una para 32 cabezas. Es decir, otras doscientas veinticuatro.

PERICO CARBONELL, EL «ALIAS», NOS OFRECE AL CAPITÁN GENERAL DE LOS CABALLOS

—¿Una mula, cabayero?
—No.
—La tengo de do deo sobre la marca que vale un Perul. Se la vi á da que ni regalá.
—Gracias.
—No me desprecie osté mi mula, zeñorito, que es la mejón c'ha entrao este año po esa puerta. Digo, mejorando lo prezente.
—Gracias; però no vengo por mulas.
—¿Un cabayito, quizá? Aquí, mi compare tie uno que lo ha montao el gerená don Belengué. Mistelo, cabayero. Una alhaja.
—Como que este cromo ande debía de está e en la Casteyana en un menumento—añade Diego el Nano.
Lo miramos asombrados, y el gitano, viejo y pícaro, nos dice, desafiándonos con la mirada:
—Na de azombrarze, zeñó. ¿Zería este er primé animalito que tie menumento en Madrí?
—Que yo sepa...
—¿Pero zi no hay plaza, jardín ni eztanque zin zu cabayo de broncí? Y pue que con meno motivo que á ezte ze le haiga levantao á muchos...
Y le pasa la mano por el lomo al viejísimo animal.
—Pero, ¿qué tiene esa bestia de particular?—preguntamos.
—¿Qué tiene? Una tontería. ¡Cazi na! Díselo ya ar seño, que está reventando de curiosidá.
—Po ya puede zu mercé estirá bien la s'oreja. Aquí esta estampa, ande osté la ve tan pará, ha zío er capitán generá de lo cabayo.
—¿Ha estado en Africa?
—Ha jecho toa la campaña, zí, zeñó. Y con don Miyán de Astray na meno.
Miramos al simpático calé y le preguntamos con cierta chunga:
—Oiga, ¿no sería este también con el que entró el general Prim en Castillejos?
—No, zeñó—asegura tirándonos una mirada asesina—. Mangué no equivoca á naide. Este estuvo en Africa, ¿zabe osté?, pero de chinorri.
—¿Eh?
—Ziendo chaval. ¿Zi no hay má que diquelarlo pa ve que está en la fló de zu juventú! Zei z'año tie, zeñorito. Misté la dentaúra.
—¿No me niegue zu mercé que lo está camelando! Que ze lo veo en lo z'ojiyo.
—¿Y que ze lo yeva en cuarenta machacante! ¡Regalao!
Al saber que nuestro objeto no es mercar ninguna caballería, sino conocer «esto», tanto el Nano como el Alias se dejan sorprender por el objetivo, y al saber que las fotos son para CRÓNICA, nos pregunta el Nano:
—¿Ya me daréis ustedé do duro po dejarme retratá?

EL MERCADILLO DE LOS DESESPERADOS

Al dar las dos en la torre del Matadero, los tratantes abandonan el mercado; los que están discutiendo las condiciones de una venta han de continuarla fuera. Se cierran las puertas tras el último burro, y entonces se forma en la glorieta de doña Emilia el mercadillo más revuelto que imaginarse puede. Es el Mercado de los que no se estrenaron y esperan del cielo que caiga un marchante.

—¿Con lo bonito que e mi borrico, zeñó, y habérmelo despreciao to er mundo! ¡Malos mengues me trajelen el garlochí!

A este mercadillo de los que piden veinte duros por un asno y lo dan, por último, en cinco pesetas, acuden los «gangüeros», que montan en sus gangas tan contentos, después del chalaneo consabido. ¡Allí son de ver los morenos chavales semidesnudos, montando caballos matalones, á los que hacen galopar, trotar y bracear ante el presunto comprador como si se tratase de un *pur sang* de Cimerá!

Mientras ellos luchan por convencer á los compradores esquivos, ellas entretienen el tiempo á la orilla del río, trabajando una canasta para que no se pierda la mañana del todo si sus hombres no hacen negocio. A las tres, las transacciones aflojan, y el campamento gitano empieza á disolverse. Cada cual marcha hacia su refugio; los unos, felices, contando sus dineros; los otros, desilusionados, tirando del viejo y noble animal que ya nadie quiere y que tendrá que malvender al contratista de los toros, para que muera despanzurado en una fiesta de arte ante un público que quiere ver cosas bizarras y bellas.

¡Terrible destino el de los nietos de Rocinante! Inexorable fin del caballo español.

Mujeres de hoy.

La novelista que, por ahora, gana su vida escribiendo cartas comerciales.

UN amigo me habla de ella. Quiero conocerla. Me interesa el caso—humano y moderno—de la señorita que escribe novelas, y para ganarse la vida, es mecanógrafa. Se llama Luisa Carnes, y es joven, soñadora y bonita.

—¿Es usted madrileña?—le pregunto.
—Sí; y del barrio de las Musas—me contesta—. He nacido en la calle de Lope de Vega hace veinticuatro años. De mi nacimiento á las letras le diré á usted que data del 1923, época en que cogí la pluma por primera vez para hacer un cuento. Así es que literariamente no he cumplido los ocho años. No sé cómo pudo surgir *aquello*, porque hasta entonces la sola idea de escribir una sencilla carta me causaba un disgusto indecible. Seguramente mi decisión de escribir aquel cuento fué inspirada por la lectura, mi gran pasión de entonces, cuando me figuraba que leía demasiado. Hoy reconozco que no he leído apenas. Yo no me podía gastar un duro en un libro—ya sabe usted que he salido del taller, no de la Universidad—, y me alimentaba espiritualmente con los folletos publicados en los periódicos y con las novelas baratas, las únicas asequibles para mí. De tal forma y sin más guía que mi amor al libro y al través de innumerables autores y obras absurdas ascendí hasta Cervantes, Dostoiewski, Tolstóy...

—Le gusta á usted mucho la literatura rusa, ¿no?
—Sí, señor. Y no porque me parezca superior á la nuestra ni á la de otros países, sino porque en ella me encuentro. Esa alma rusa, compleja, creyente y escéptica, siempre buceando en sí misma, siempre atormentada por dolorosas inquietudes, me hace hallarme á mí propia, que no acabo de ver claro en la vida y soy enormemente tímida, llevando dentro una gran fuerza, que me hace creer en todo y dudar de todo al mismo tiempo. Después de haber leído una novela rusa, me siento llena de audacia y energía durante varias horas, á veces días; una fuerza que me impulsa á llevar la cabeza alta y á pisar fuerte, pero en seguida vuelvo á buscar las calles apacibles y á sentir adoración por el véspero, que es decadencia.

—¿Y siendo así tan tímida, tan inerte para la dura lucha del escritor, cómo llegó hasta el libro?

—Rápidamente. Yo ignoro las amargas peregrinaciones al través de las redacciones de los periódicos. En un principio publiqué varios cuentos en Prensa Gráfica, *La Voz*, *El Imparcial*. A poco, dejé los cuentos y empecé una novela breve, y luego otra, y así, hasta llegar, hace dos años, á la realidad de *Peregrinos de Calvario*, mi primer libro, que fué acogido con vivas muestras de interés. A propósito de esa obra, he recibido de algunos compañeros cariñosas cartas alentadoras, que agradecí mucho y conservaré siempre. Ahora lanzaré una novela grande, que titulo *Natacha*, porque Natacha es el nombre de la protagonista, y como humilde homenaje á Dostoiewski, al que adoro. Esta última será traducida al portugués por el notable escritor lusitano don Luis Díaz Anedó.

—¿Está contenta de su época?
—Sí; creo firmemente que he nacido en un instante propicio. La inquietud espiritual reinante es la mejor tierra para afianzar la raíz de una personalidad literaria ó artística. Hoy vibra todo, todo es vital. Una de las más fuertes emociones de mi vida me la produjo la contemplación de una gran rotativa, al visitar una imprenta por primera vez. Ya ve usted, unos hierros fríos. Sin embargo, hay calor en esos brazos tensos, que se tienden en actitud humana de abrazar. Sí; estoy satisfecha de mi época.

...mas luego, terminada la jornada, la artista vuelve á encontrarse á sí misma, ante las cuartillas.



Ante su máquina de escribir, la autora de "Natacha", la que mañana, tal vez, será novelista célebre, gana el pan de cada día escribiendo cartas comerciales llenas de lugares comunes y de fórmulas rutinarias...

—¿Qué ambiciones tiene usted para el futuro?
—¿Ambiciones? Llegar á la entraña de todo, comprenderlo todo, para acabar de hallar mi fuerza interior y ser yo en absoluto. Volar. No he salido nunca de Madrid. El silbido del tren me hace temblar. El ruido de un aeroplano me produce vértigo. Andar, andar siempre...

—¿Esperanzas?
—Ayer, *Natacha*. Hoy, que pronto la veré en la calle, la titulada *Aurelia*, que acabo de comenzar. Mañana... No sé. Vivir intensamente. Vivir.

—Antes ha dicho usted que procedía del taller. ¿No es así?

—Sí. A los once años aprendí un oficio. Entonces, quizás, surgieron en mí las inquietudes, que aun no me han abandonado, las preguntas á que todavía no he hallado contestación. ¿Por qué las mujeres se odian entre sí tan terriblemente? ¿Ustedes, que luchan en otro medio, no pueden concebir los pequeños y crueles odios que bullen en el fondo de las grandes fábricas, cómo se pierde en estériles enconos una fuerza que debería aportarse únicamente á la común causa social. Sí; aquellos años de penoso aprendizaje dejaron en mí una huella de amargura que se revela en mi próxima novela *Natacha*.

—¿Y después del taller?
—Del taller en mi inquieto vagar en busca del camino cierto, llegué al mostrador de una casa de comercio, y así, de un lado en otro hasta aquí, amigo mío. Usted, hombre comprensivo, reconocerá que á lo largo de este vagabundeo habré hecho un gran acopio de observaciones.

—¿Cómo nació en usted el deseo de escribir. ¿Lo recuerda?

—Ya en mi época del taller *veía cosas* que no podía definir, al través de las miradas y las palabras embizadas de aquellas mujeres y aquellos hombres, mis compañeros de trabajo; ya entonces, á mi regreso del taller velaba hasta la madrugada sobre las cuartillas... De esta fase de mi vida habla abundantemente mi buen amigo José Francés en su prólogo de mis *Peregrinos*. En aquella época, mi sensibilidad llegaba al morbo. Solamente el ruido de la lluvia, al chapotear sobre los cristales de una claraboya que había en el obrador, me llenaba de tristes pesentimientos. Una frase cualquiera de mis compañeras me hacía pensar durante varias horas. A veces, me ocultaba en cualquier rincón para llorar, sin saber por qué. Y por las noches, vuelta á casa, á fantasear... Así, entre atisbos y adivinanzas, nació mi arte...

Con estas palabras—las más interesantes de nuestra charla—pone fin á nuestro diálogo la que volviendo á su máquina de escribir dá principio á una de esas cartas que suelen comenzar con el consabido: «Muy señores nuestros», palabras que como una pesada losa caen sobre los sueños de la joven novelista, que para vivir escribe cartas comerciales.

JUAN DE